

+ TEMAS

Colombia late unida

UNIÓN Y CONSTRUCCIÓN

La unidad nacional requiere respeto por la vida, por la diversidad ideológica y por las reglas democráticas. Urge escuchar y construir desde la diferencia.

Palabras que unen: un llamado a la reconciliación en tiempos de crisis



El diálogo abierto y el respeto por la diferencia son claves para reconstruir el tejido social en Colombia. ISTOCK

Líderes y analistas proponen una ética del respeto y el reconocimiento de la diferencia para reconstruir el tejido social y avanzar hacia un pacto nacional por la vida y la dignidad.

¿Cómo aportar?

“Es el momento de la coherencia”, dice Alberto Linero. Cada colombiano y colombiana tiene la responsabilidad de cuidar lo que dice, de cómo debate, de cómo representa al otro en sus conversaciones cotidianas. “Ningún cambio arranca simplemente por señalar los defectos y los errores del otro sino por el compromiso real de una transformación personal”, agrega. Las fuentes reconocen la influencia de los discursos oficiales y las narrativas en la sociedad colombiana. Para Francisco Daza, por ejemplo, los mensajes gubernamentales deben fomentar la unidad, la conciliación y el diálogo, evitando reacciones que alimenten el odio. Y en esa medida, “los funcionarios públicos, el presidente de la República, los ministros, también los principales dirigentes de los partidos políticos y de diferentes gremios en la sociedad, tienen una enorme responsabilidad, ya sea en contribuir a agudizar el ambiente o a tender puentes y a reconocer la diversidad”, concluye Gil.

Colombia atraviesa un momento de tensiones y definiciones importantes en su panorama social y político. La incertidumbre social, los choques políticos, la violencia en los territorios y el miedo han hecho que muchos se pregunten hacia dónde va el país. Pero, en medio de ese ruido, emerge una necesidad vital: la de usar las palabras para el encuentro.

En tiempos de polarización, los discursos no son solo vehículos de opinión, también pueden ser puentes, semillas de reconciliación.

En las últimas semanas, distintas voces han llamado a recuperar el valor de la palabra. Esa es la apuesta ahora: volver a lo esencial, reconectar con los valores que definen la humanidad, para tejer con lenguaje un país más justo y unido.

El respeto como principio democrático

Para Francisco Daza, coordinador de la línea de Paz, Seguridad y Derechos Humanos de la Fundación Paz y Reconciliación (Pares), el papel de los discursos oficiales es determinante: “Deben estar mediados y dirigidos a la unidad nacional, a evitar que se siga polarizando el país ante los recientes hechos de violencia”.

En un contexto social tenso, el mensaje de las instituciones -y de quienes las lideran- debe ser responsable, empático y orientado a la reconciliación. Daza hace énfasis en promover la apertura al diálogo y el respeto por la diferencia ideológica, política y, sobre todo, por la vida. “Como ciudadanos, no podemos ser reaccionarios frente a lo que está ocurriendo. Eso solo alimenta la espiral de odio y estigmatización que puede convertirse en violencia física”, dice.

Desde su perspectiva, Colombia necesita recuperar los mínimos éticos del pacto social: acuerdos básicos sobre la convivencia, la dignidad humana y la paz. Y en eso, las palabras impor-

tan. Un discurso que reconozca la diferencia sin condenarla puede ser el inicio de una transformación colectiva.

En este sentido, el arzobispo de Cali, Monseñor Luis Fernando Rodríguez Velásquez, en su carta pastoral ‘Hacia una paz desarmada y desarmante’, propone una ética basada en el amor y el respeto absoluto por la vida y la dignidad humana. Insiste en que los ciudadanos deben ser ejemplo de respeto a la ley y a la diferencia. “Desde el más simple ciudadano de a pie, hasta quienes están al frente de los gobiernos en todos los estadios de sus funciones en la vida pública o privada, debemos recuperar una ética que nos permita avanzar por caminos de paz y de reconciliación”, apunta.

De igual forma, el líder religioso hace un llamado a los colombianos para que sean “auténticamente humanos, es decir, personas con un corazón de carne capaz de amar, de perdonar, de respetar la diferencia, de dialogar; con un corazón humilde para acoger al otro y sus ideas”.

Diversidad no es amenaza: es una riqueza

Max Yuri Gil, sociólogo y director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, ofrece una mirada aún más amplia. Para él, lo que atraviesa Colombia no es una simple polarización, sino una confrontación entre visiones distintas de país. Sin embargo, la manera en que esas diferencias se tramitan ha profundizado la fractura social.

“La política no es falta de contradicción, sino todo lo contrario: es la expresión de las tensiones en la sociedad. Pero eso no significa desconocer al adversario ni construir relaciones antagónicas en las que no podamos vivir juntos”, indica Gil.

El problema, en su lectura, es cuando la diversidad se transforma en enemistad. Por eso defiende el valor del respeto y la tolerancia, sin caer en una especie

“

No hay nada que justifique la violencia.

Todas las vidas valen, sin importar la tendencia política. Necesitamos una sociedad que respete la diversidad (...).”

Max Yuri Gil,
DE LA U. DE ANTIOQUIA

de “política light” que pretenda que todos pensemos igual.

Su propuesta es clara: “No hay nada que justifique la violencia. Todas las vidas valen, sin importar la tendencia política. Necesitamos una sociedad que respete la diversidad sin pretender asimilarla ni imponer una única forma de ver el mundo”.

El sociólogo señala que el discurso público debe abandonar las lógicas de exterminio simbólico -o literal- del otro. “Una sociedad sana es aquella que puede alternar en el poder, que respeta la oposición y que construye desde la diferencia. Y necesitamos asumir con seriedad que toda la vida vale, así mismo, que no hay excusas para los victimarios de determinada tendencia”, puntualiza.

Narrativas de unidad

Por su parte, Alberto Linero, escritor, conferencista y gestor de espacios de encuentro, tiene claro que “la palabra pública no es inofensiva: siempre tiene consecuencias”, e insiste en que el lenguaje puede construir puentes o cavar abismos.

“En estos días, donde la tensión social es alta, donde el mie-

do, la frustración y la rabia están presentes, cada expresión que lancemos puede sumar o restar en la búsqueda de construir consensos. Por eso es tan necesario cuidar el tono, el contenido y las intenciones de lo que se comunica. Hay que ser responsable con lo que se dice, porque cada palabra tiene consecuencias que debemos afrontar”, afirma.

Linero propone un discurso que no niegue el dolor, pero que tampoco lo instrumentalice, que entienda el sufrimiento colectivo y que apueste por la esperanza como una postura ética, no como consuelo pasivo. “Necesitamos narrativas que partan del respeto profundo por la diferencia y del compromiso con la verdad, sin caer en la simplificación ni en la descalificación”, añade.

En ese sentido, las palabras deben dejar de ser trincheras para convertirse en puentes. “No podemos seguir alimentando el odio ni repitiendo exaltados discursos que estigmatizan al otro por pensar distinto. Es criminal sostener discursos que provoquen la eliminación del otro”, advierte el escritor.

En esta misma línea, el investigador de la Fundación Pares propone un acuerdo nacional que permita juntar voluntades políticas y sociales en torno a propósitos comunes. Esta puesta en común significa respetar reglas básicas del juego democrático, proteger la vida por encima de cualquier ideología y usar el lenguaje como herramienta de escucha, no de exclusión.

“Las narrativas que se deben promover son las de la unidad, la reconciliación nacional, la apertura al diálogo, el respeto por la diferencia política, ideológica y el respeto a la vida, principalmente, como eje conductor de los pactos y acuerdos sociales que debe tener Colombia para avanzar hacia la paz y la reconciliación”, indica Daza.

Valentina Herrera González
Especial para El Tiempo